

18 de Septiembre en Talca

TAL VEZ ningún otro día del año era, en aquellos tiempos, de más afanes que el día diez y seis de septiembre y ninguna noche de más corto e inquieto dormir que la noche de ese día, porque eran el término forzado de los preparativos para las grandes y novedosas fiestas que empezarían al amanecer del día diez y siete.

Era un terminar apresurado de afanes de todo género: dar la última mano a la obra en la cual se estaba seguro de haber hallado una nota novedosa y brillante. Era un probar de trajes, un ensayar de actitudes ante los espejos, no de cuerpo entero, muy escasos entonces, sino de medio cuerpo o sólo de rostro que iban de aquí allá, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, que bajaban o subían hasta reflejar la figura entera como hecha en mosaico y dar una impresión de conjunto. Cuando no eran los vidrios de las ventanas, las grandes bateas llenas de agua, o un lienzo blanco los que servían de espejo.

Era un ensayar de músicas, cantos, declamaciones, gestos, actitudes que deberían lucir, armonizar, y cuyo fracaso posible producía inquietud y anticipado temor.

Pocas veces se fijaron ojos más interesados en la labor por concluir o concluida ya y se contrajeron rostros y plegaron labios en gesto desconsolado o satisfecho y quedaron manos ociosas en actitud de inercia o se apresuraron en últimos afanes.

Todos habían procurado tener algo nuevo que lucir en las fiestas y aquélla era la última noche para alcanzarlo.

Al amanecer del día diez y siete se izaron en las casas las banderas, entonces tan grandes que rozaban el suelo, caían como un manto sobre los techos, batían pesadas al aire, y era necesario anudar en la noche por miedo a que se incendiaran en las luminarias; se colgaron de las vigas del ancho alero los pequeños faroles de lata con sus velas de sebo y guirnaldas de arrayán salpicadas de flores.

En la Plaza, se concluía, apresuradamente, un tabladillo amplio y sólido, ornado de

arrayanes, de telas, rojas, azul y blanco, en cuyo centro se alzaba un alto mástil con cordeles y roldanas para izar. Algunos metros más allá se erguían dos altos maderos para la elevación de globos. Eran estos globos de gran novedad y atractivo. Se hacían de grandes dimensiones en sólido papel con los colores de la bandera y se escribían frases patrióticas en ellos. Era un número obligado en toda fiesta cívica.

Al anochecer de aquel día se reunió en El Instituto —aún no se le llamaba Liceo— la juventud y el pueblo y precedida por la banda de músicos y cantando el himno patrio, llegaron hasta la casa del Intendente y acompañándole fueron hasta la Plaza, subieron al tabladillo y en enorme coro, entonaron la Canción Nacional.

Momentos después se elevó un enorme y majestuoso globo que fué saludado con aclamaciones. Se cantó otra vez la Canción Nacional y repitieron los vivos. Bajó el Intendente del tabladillo y el gentío le siguió hasta su casa. En seguida con la banda de músicos a la cabeza recorrieron las calles cantando y vivando y callados los últimos ecos se durmió la ciudad en el ensueño de las próximas fiestas y a la luz escasa pero novedosa de las luminarias.

Al amanecer del día diez y ocho ya estaba la Plaza llena de cuanto había “decente” o no en la ciudad y todos luciendo alguna novedad en el vestir y un aire de fiesta. Era un vivo y pintoresco cuadro lleno de color; una gran paleta de artista en que se mezclaban todos los tonos y de pronto surgía una mancha vivísima, agria y audaz. Dominaba el claro primaveral y salpicaba el rojo, el azul, el amarillo intenso, y el negro opaco de los fraques que llevaban hasta los estudiantes.

Aunque no había salido el sol y ya en el tabladillo estaba el Intendente, el Cabildo, las autoridades, el clero, las niñas y niños de los colegios, la banda de músicos. Al primer rayo de sol que alumbró hizo la Guardia Cívica una descarga cerrada, se izó lentamente la gran bandera de la patria en el

mástil del tabladillo, tocó la banda la Canción Nacional y las niñas cantaron. Se repitió la Canción y esta vez la cantaron los niños.

Momentos después un grupo de señoras y señoritas de lo más distinguido y elegante, llegó hasta el tabladillo, pidió a los músicos que tocaran la Canción Nacional y la cantaron en afinado coro.

El cronista no cuenta en qué pasaron hasta más o menos las ocho de la mañana, hora en que empezó a retirarse la concurrencia quizá a tomar desayuno, apremiados por el estómago y a cambiar de traje para ir a la misa de gracia.

No habla de discursos ni declamaciones patrióticas. Posiblemente, entonces, escaseaban los despejados y entusiastas tanto como ahora abundan.

La Guardia Cívica debe haber hecho algunas evoluciones y también los y las elegantes con lucimiento de trajes nuevos.

A las once se reunieron en la Sala Consistorial, el Intendente, el Cabildo, el cuerpo militar, los alumnos del Instituto, etc., y se dirigieron en comitiva hasta la Iglesia de la Merced a oír la misa de gracia. Ya el templo estaba lleno con las mismas señoras y niñas que en la plaza lucieron trajes primaverales.

Ahora envueltas hasta la cabeza con el negro manto blufeador y alcahuete y arrojadas sobre las bordadas alfombras, hechizas o de tienda, que hacían blandos y suaves los ásperos ladrillos de tierra cocida.

En la noche tuvo lugar una gran tertulia que empezó temprano y terminó con las primeras claridades del amanecer. Entonces se iba a las fiestas a buena hora, con espontaneidad, con ánimo de alargarlas, y no era de tono llegar a medianoche ni quedar un rato allí como se hace ahora. El final de la fiesta, espontáneo y familiar, caldeado de entusiasmo, sin los encogimientos del comenzar... era lo más sabroso, el gran momento del regocijo general, la nota más alta y viva. Dos, tres, o más zamacuecas bien bailadas y bulladas con tamboreo, dicharachos, aros repetidos era el final corriente que nadie excusaba, que contribuía a grabar en la memoria el recuerdo de tan buenas horas.

Un repórter de entonces criticaba el lujo de las señoras y señoritas y pedía mayor sencillez, "un traje igual para todas de poco valor y de buen gusto convenido de antemano". ¡Qué ingenuo desconocimiento del eterno femenino revelaba el buen señor!

¡Un traje para todas! ¡Una para todos los trajes!

"Pero haremos justicia, agregaba el repórter, en tributar alabanzas en lo demás a las señoritas, que si en la mañana en la plaza supieron con sus dulces ecos encantar al pueblo y avivar la salutación al astro que alumbró el Dieciocho de 1810, en la noche dieron a la reunión suna importancia y la alegría que sólo sabe inspirar la belleza".

El día 19 el entusiasmo amaneció intacto y más vivo. En Cancha Rayada —la pampa vieja como se llamó después cuando se eligió otro terreno al oriente del hospital, la pampa nueva, para la reunión del pueblo y evoluciones de El Batallón Cívico— se juntó el público a ver el juego de cabezas, el de cañacas y otras a que se entregaba el pueblo con entusiasmo. Después hicieron lugar de paseo la Alameda.

"La Alameda era un jardín de preciosas flores donde la vista se recreaba, recibiendo el alma una impresión de delicias. ¡Ojalá las señoritas tomaran la costumbre de concurrir al paseo público los días festivos y que no fuera una sola vez en el año!", escribía el cronista lego en psicología femenina.

Apenas entrado el sol el pueblo acudió a la plaza a ver la elevación de un globo monstruo que al fin no se pudo elevar y las señoras y señoritas se encerraron en sus casas preparándose para la tertulia que poco después empezaría a la misma hora y en el local que la noche anterior.

El día 20 la Guardia Cívica hizo evoluciones, cambios de frente, marchas y contramarchas, juego de guerra, de guerrilla, cargas a la bayoneta, descargas por mitades, por compañías, por cuartas, fuego graneado, disperso en Cancha Rayada ante el bullicioso entusiasmo de todo Talca.

Posiblemente no volvieron a su cuartel aquellos cívicos como era frecuente que volvieran años después otros cívicos en otros dieciochos, con los pantalones de brin blanco negros de tierra, el quepí en la nuca, la casaca desabrochada, el fusil arrastrándolo o traído por un muchacho y a veces por una mujer. Era escaso el vino y la chicha entonces y después tan abundante que se ha hecho.

En la noche se elevó el gran globo en la plaza y mientras subía majestuoso, chorreando parafina encendida, la juventud que llenaba el tabladillo cantaba la Canción Nacional y el pueblo vivaba con entusiasmo.

El día 21 fue espectáculo de gran novedad y atractivo, una carrera de cinco caballos nunca visto hasta entonces. En la noche se sirvió una comida en el Café Santo Domingo y hubo brindis patrióticos y hasta políticos y no se pelearon unos contra otros los concurrentes; todo lo contrario de pelearse, concluida la comida salieron con la banda de músicos cantando la Canción Na-

cional. "Se unieron a ellos algunas señoritas y se improvisó un baile tan popular como alegre . . .".

Así terminaron las fiestas en aquel Dieciocho de Septiembre hace más de ochenta años.

Crónicas y anécdotas talquinas. Págs. 119 a 125. Imprenta Itier. Talca, 1927.